

LUC FERRY

APRENDER A VIVIR



Filosofía
para mentes jóvenes

taurus



© Pablo Herrero

Luc Ferry

Es filósofo y un importante punto de referencia de la cultura y el pensamiento de Francia, donde fue ministro de Juventud, Educación e Investigación entre 2002 y 2004. Su extensa obra ha sido traducida en más de veinticinco países e incluye importantes libros como *El nuevo orden ecológico*, *El hombre-dios: el sentido de la vida*, *La sabiduría de los modernos*, con André Comte-Sponville, *¿Qué es una vida realizada?* y *¿Qué es el horror?* (Taurus, 2007), con Jean-Didier Vincent.

APRENDER A VIVIR

LUC FERRY

APRENDER A VIVIR

FILOSOFÍA PARA MENTES JÓVENES

Traducción de Sandra Chaparro Martínez

TAURUS

PENSAMIENTO

Título original: *Apéndice a un Tratado de filosofía o el uso de los jóvenes griegos*

© Páris, 2006

© De la traducción: Sandra Chaparro Martínez

© De esta edición:

2007, Distribuidora y Editora Aguilar, Altra, Buenos Alaguara, S.A.

Calle 811 No. 10-25

Teléfono (571) 439-60-88

Teléfono (571) 236-95-82

Bogotá, Colombia

- Aguilar Altra, Buenos Alaguara, S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1003), Buenos Aires
- Sanillana Ediciones Generales, S.L.
Turrelaguna, 60, 28013, Madrid
- Sanillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.
Avenida Universidad 767 Colonia del Valle
03100 México, D.F.

Diseño de cubierta: Carriz / Simóler / Tarasa

ISBN: 978-958-704-744-8

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Primera edición en Colombia, abril de 2007

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por
un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma,
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

A Gabrielle, Louise, Clara

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
1. ¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?	21
<i>La finitud humana y el problema de la salvación</i> ...	23
<i>Filosofía y religión: dos formas antagónicas de abordar el problema de la salvación</i>	26
<i>Las tres dimensiones de la filosofía: la inteligencia de lo que es (teoría), la sed de justicia (ética) y la búsqueda de salvación (sabiduría)</i>	34
2. UN EJEMPLO DE FILOSOFÍA ANTIGUA: EL AMOR A LA SABIDURÍA SEGÚN LOS ESTOICOS	39
I. <i>Theoria</i> : la contemplación del orden cósmico	42
II. Ética: una forma de justicia que adopta como modelo el orden cósmico	51
III. Del amor a la sabiduría a la práctica de la sabiduría: no hay que temer la muerte, no es más que un tránsito, porque somos un fragmento eterno del cosmos	56
<i>Unos ejercicios de sabiduría para poner en práctica de forma concreta la búsqueda de salvación</i>	63
<i>Los dos grandes males: el lastre del pasado y los espejismos del futuro</i>	63
<i>«Esperar algo menos, amar algo más»</i>	66

	<i>Alegato a favor del «desapego»</i>	70
	<i>«Cuando sobrevenga la catástrofe, yo estaré preparado» una idea de salvación que ha de escribirse en futuro anterior</i>	72
3.	LA VICTORIA DEL CRISTIANISMO SOBRE LA FILOSOFÍA GRIEGA	77
	I. <i>Teoría: de cómo lo divino deja de identificarse con el orden cósmico para encarnarse en una persona: Cristo; de cómo la religión nos invita a limitar el uso de la razón para dejar sitio a la fe</i>	81
	II. <i>Ética: libertad, igualdad, fraternidad o el nacimiento de la idea moderna de humanidad</i>	95
	III. <i>Sabiduría: una doctrina de la salvación a través del amor, que nos promete, por fin, la inmortalidad personal</i>	103
4.	EL HUMANISMO O EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA MODERNA	121
	I. <i>Una nueva teoría del conocimiento: un orden del mundo que ya no viene dado, sino que ha de ser constituido</i>	126
	II. <i>Una revolución ética paralela a la de la teoría: si el modelo que hay que imitar ya no nos viene dado, como ocurría en el caso de la naturaleza en el mundo antiguo, habrá que inventarlo de ahora en adelante</i>	131
	<i>La diferencia entre animalidad y humanidad según Rousseau: el nacimiento de la ética humanista</i>	134
	<i>Tres grandes consecuencias que se desprenden de esta nueva definición de las diferencias entre animalidad y humanidad: los hombres son los únicos seres que tienen historia, dignidad e inquietudes morales</i>	143

<i>La herencia de Rousseau: una definición del hombre como «animal desnaturalizado»</i>	149
<i>La moral kantiana y los fundamentos de la idea republicana, la «buena voluntad», la acción desinteresada y la universalidad de los valores</i> . . .	152
<i>Moral aristocrática y moral meritocrática: las dos definiciones de virtud y la revalorización moderna del trabajo</i>	157
<i>El cogito de Descartes o los orígenes de la filosofía moderna</i>	165

III. De la pregunta moral a la cuestión de la salvación: en tanto a aquello en lo que ambas esferas no podrán confundirse jamás	172
<i>El surgimiento de una espiritualidad moderna: ¿cómo pensar sobre la salvación si el mundo ya no es un orden armonioso y Dios ha muerto?</i>	174

5. LA PUSMODERNIDAD: EL CASO DE NIETZSCHE	181
I. Más allá de la <i>theoria</i> : un « <i>gaysaber</i> » que se ha desembarazado del <i>cosmos</i> , de Dios y de los « <i>ídolos</i> » de la razón	190
A. Teoría del conocimiento: cómo la « <i>genealogía</i> » ocupa el lugar de la <i>theoria</i>	192
B. Ontología: una definición del mundo como <i>causa</i> que no tiene nada de cósmico ni de divino	195
<i>Las fuerzas «reactivas» o la negación del mundo sensible, cómo se expresan en la «voluntad de verdad», tan apreciada por el racionalismo moderno, para culminar en el ideal democrático</i>	198
<i>Las fuerzas «activas» o la afirmación del cuerpo: cómo se expresan en el arte (no en la ciencia) para culminar en una visión «aristocrática» del mundo</i>	205

II. Más allá del bien y del mal: la moral del inmoralista o el culto al «gran estilo»	209
<i>La voluntad de poder como «esencia más íntima del ser». Significado verdadero y falso del concepto de «voluntad de poder»</i>	217
<i>Un ejemplo concreto de «gran estilo»: el gesto libre y el gesto «contenido». Clasicismo y romanticismo ...</i>	219
III. Una idea inédita de salvación: la doctrina del amor fati (amor al instante presente, al «destino»), la «inocencia del devenir» y el eterno retorno	224
<i>El significado del eterno retorno: una doctrina de la salvación por fin totalmente terrenal, sin ídolos y sin Dios</i>	225
<i>La doctrina del amor fati (amor a lo que es en el presente): huir tanto del lastre del pasado como de las promesas de futuro</i>	231
<i>La inocencia del devenir o la victoria sobre el miedo a la muerte</i>	234
Críticas e interpretaciones de Nietzsche	235
6. TRAS LA DECONSTRUCCIÓN. LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA	241
<i>Una primera posibilidad para la filosofía contemporánea: seguir la vía de la deconstrucción abierta por Nietzsche, Marx y Freud</i>	243
<i>Si la deconstrucción se convierte en cinismo, si su crítica a los «ídolos» sacraliza el mundo tal como es, ¿cómo podemos superarla?</i>	246
<i>El advenimiento del «mundo de la técnica» según Heidegger: la suspensión de la pregunta por el sentido</i>	250
<i>De la diferencia entre la ciencia moderna y la técnica contemporánea</i>	253

<i>El paso de la ciencia a la técnica: la muerte de los grandes ideales o la desaparición de los fines en beneficio de los medios</i>	255
<i>Las dos vías que puede seguir la filosofía contemporánea: convertirse en una «disciplina técnica» en el ámbito universitario o comprometerse finalmente en la tarea de pensar el humanismo tras la deconstrucción</i>	262
<i>¿Por qué tras la deconstrucción debemos intentar pensar en construir las bases de un humanismo libre de los «ídolos» de la metafísica moderna? El materialismo en jaque</i>	267
I. <i>Theoria: hacia una forma inédita de pensar la trascendencia</i>	276
<i>De la theoria como «autorreflexión»</i>	283
II. <i>Una moral fundamentada en la sacralización del prójimo: la divinización de lo humano</i>	286
III. <i>Replantear la cuestión de la salvación: ¿de qué sirve crecer?</i>	291
<i>La exigencia de un pensamiento ampliado</i>	291
<i>La sabiduría del amor</i>	296
<i>El duelo por un ser amado</i>	305
A MODO DE CONCLUSIÓN	309
NOTAS	313
BIBLIOGRAFÍA	321

PRÓLOGO

En los meses posteriores a la publicación de mi libro *¿Qué es una vida realizada?*¹, varias personas me pararon en la calle para decirme más o menos esto: «Le oí un día hablar de su obra... todo quedaba muy claro, pero cuando intenté leer su libro, no fui capaz de entender nada». Se trataba de una observación directa, en absoluto agresiva, y que me dejó completamente consternado. Me prometí a mí mismo buscar una solución, pero no tenía ni idea de cómo me las iba a arreglar para lograr, algún día, explicar las cosas con la misma claridad cuando escribía que cuando hablaba.

Una circunstancia concreta me brindó la ocasión de volver a reflexionar sobre este asunto. Durante unas vacaciones en un país donde la noche cae a las seis, algunos amigos me pidieron que improvisara un curso de filosofía para padres y niños. Esta tarea me obligó a ir a lo esencial como nunca había sido capaz de hacerlo antes, prescindiendo de la ayuda de palabras complicadas, citas eruditas o alusiones a teorías que mi público desconocía. Poco a poco, a medida que avanzaba en mi relato de la historia de las ideas, me iba dando cuenta de que en las librerías no había nada parecido al curso que, bien o mal, estaba construyendo sin ayuda de mi biblioteca. Naturalmente,

hay historias de la filosofía muy renombradas. Las hay excelentes, pero las mejores son demasiado áridas incluso para quienes ya han abandonado el mundo universitario, ¡cuánto más para aquellos que nunca entraron en él! El resto apenas resulta de interés.

Este pequeño libro es el resultado directo de esas reuniones entre amigos. Aunque reescrito y completado, mantiene el estilo oral original. El objetivo que me he propuesto alcanzar con él es a la vez modesto y ambicioso. Modesto, porque va dirigido a un público de no especialistas, a imagen y semejanza de los jóvenes con los que tuve ocasión de conversar durante aquellas vacaciones. Ambicioso, porque me he negado a hacer la más mínima concesión a exigencias simplificadoras que podían haberme llevado a deformar la presentación de las grandes ideas. Siento tal respeto hacia las obras maestras de la filosofía, que no puedo decidirme a caricaturizarlas por motivos pseudopedagógicos. La claridad es una de las condiciones que debe cumplir una obra dirigida a principiantes, pero se debe obtener sin destruir el objeto al que se refiere porque si no, perderá su valor.

Por ello, he intentado proponer un curso de iniciación que, siendo lo más sencillo posible, no obviara la riqueza y la profundidad de las ideas filosóficas. El objetivo que persigo no es únicamente proporcionar un aperitivo, un bariño superficial o un resumen sesgado por someterme a los imperativos de la vulgarización. Se trata más bien de hacer posible un descubrimiento espontáneo de las ideas filosóficas que pueda cubrir dos tipos de exigencias: las de un adulto que quiere saber qué es la filosofía, pero no pretende ir necesariamente más allá, y las de un adolescente que eventualmente sí desea estudiar filosofía más a fondo, pero que aún no dispone de los conocimientos necesarios para empezar a leer por sí mismo a los autores difíciles.

Ésta es la razón por la que he intentado consignar aquí todo lo que considero realmente necesario de la historia de las ideas formulada hasta el presente, una historia que me gustaría legar a todos aquellos a los que quiero «cuidar», en el sentido antiguo de la palabra, lo que incluye tanto a mi familia como a mis amigos.

¿Por qué llevar a cabo este intento?

En primer lugar, y desde un punto de vista egoísta, porque hasta el espectáculo más sublime puede convertirse en motivo de sufrimiento si uno no tiene la oportunidad de tener a su lado a alguien con quien compartirlo. O, dicho de otra forma, cada día que pasa me doy más cuenta de que la filosofía no forma parte de eso que vulgarmente llamamos «cultura general». Un hombre considerado culto, en Francia, por ejemplo, debe conocer la historia de su país, algunas de las grandes referencias literarias y artísticas, saber un poquito de biología o de física, pero nadie le reprochará que no sepa absolutamente nada de Epicuro, de Spinoza o de Kant. Sin embargo, con el paso de los años, he ido adquiriendo la convicción de que estudiar, aunque sólo sea un poco de filosofía, es algo de un valor incalculable para todo hijo de vecino, incluidos aquellos para los que nunca será una vocación. Y ello por dos razones muy simples.

La primera es que sin filosofía no se puede entender nada del mundo en que vivimos. Es el tipo de formación más clarificadora que existe, bastante más que la que proporcionan las ciencias históricas. ¿Por qué? Simplemente porque la práctica totalidad de nuestros pensamientos, de nuestras convicciones, pero también de nuestros valores, se inscriben, sin que nosotros seamos conscientes en todo momento, en el marco de alguna de las grandes visiones del mundo elaboradas y estructuradas por el hilo que recorre la historia de las ideas. Resulta indispensable com-

prenderlas para poder hacerse con su lógica, tener amplitud de miras, entender lo que está en juego, etcétera.

Algunas personas pasan gran parte de su vida anticipando las desgracias, preparándose para la catástrofe (la pérdida de un empleo, un accidente, una enfermedad, la muerte de un ser querido...). Otras, por el contrario, viven aparentemente en la despreocupación más absoluta. Pero tanto unos como otros consideran que las cuestiones de este tipo no deben gozar de derecho de ciudadanía en la existencia cotidiana, que proceden de un gusto por el morbo que conviene calificar de patológico. ¿Acaso saben, tanto unos como otros, que estas actitudes hunden sus raíces en visiones del mundo cuyos defensores y detractores ya las han explorado con una profundidad inaudita desde los tiempos de los filósofos de la Grecia antigua?

La opción por una ética igualitaria y no aristocrática, la elección de una estética romántica en vez de una clásica, el apego o el desapego hacia las cosas y los seres teniendo en cuenta el hecho de la muerte, la adhesión a ideologías políticas autoritarias o liberales, amar la naturaleza y los animales más que a los hombres, al mundo salvaje más que a la civilización, todas estas opciones y muchas más formaron parte de grandes construcciones metafísicas antes de convertirse en opiniones que se ofrecen, como si de un gran mercado se tratase, al consumo de los ciudadanos. Los desacuerdos, los conflictos, las posturas que se adoptaron en los orígenes, siguen estando en la base, lo sepamos o no, de nuestras reflexiones y nuestros propósitos. Estudiarlos hasta el límite que esté a nuestro alcance, captar sus fuentes más profundas, supone dotarse de los medios no sólo para ser más inteligentes, sino también más libres. No veo en nombre de qué deberíamos privarnos de esta posibilidad.

Pero, a la vez que ganamos en comprensión, en inteligencia respecto a nosotros mismos y a los demás a través

del estudio de las grandes obras de nuestra tradición, debemos tener presente que de lo que se trata, simplemente, es de que pueden ayudarnos a vivir mejor, con más libertad. Muchos pensadores contemporáneos lo dicen hoy, cada cual a su manera. En ocasiones uno no filosofa para divertirse; tampoco únicamente para comprender el mundo o entenderse a sí mismo, sino «para salvar el pellejo». A través de la filosofía podemos vencer los miedos que paralizan nuestra vida, y es un error creer que la psicología podría sustituirla hoy en esta tarea.

Aprender a vivir, a dejar de temer en vano los diversos rostros de la muerte o, simplemente, aprender a superar la banalidad de la vida cotidiana, el aburrimiento y el tiempo que pasa, éste fue el primer objetivo que se fijaron las escuelas de la Antigüedad griega. Merece la pena entender su mensaje porque, a diferencia de lo que sucede en el ámbito de la historia de las ciencias, las filosofías del pasado nos siguen hablando. He aquí un extremo que ya por sí solo merece que le dediquemos una reflexión.

Cuando se demuestra que una teoría científica es falsa, cuando se refuta a través de otra manifiestamente más verdadera, cae en desuso y ya no interesa a nadie (al margen de algunos eruditos). Pero las grandes cuestiones filosóficas sobre saber vivir, que se formularon en la noche de los tiempos, siguen estando presentes. Desde este punto de vista, se podría comparar la historia de la filosofía, más que con la historia de la ciencia, con la historia del arte. Del mismo modo que las obras de Braque o de Kandinsky no son «más bellas» que las de Vermeer o Manet, las reflexiones de Kant o Nietzsche en torno al sentido o la falta de sentido de la vida no son mejores (ni, por lo demás, peores) que las de Epicteto, Epicuro o Buda. Existen propuestas sobre cómo se puede entender la vida, actitudes que se adoptan ante la existencia que nos siguen hablando a tra-

vés de los siglos v que nada puede convertir en obsoletas. Así, por mucho que las teorías científicas de Ptolomeo o Descartes estén totalmente «superadas» y no tengan ya más interés que el puramente histórico, podemos seguir bebiendo en la sabiduría de los antiguos, como podemos seguir amando un templo griego o una caligrafía china que están igual de vivos en pleno siglo XXI.

Siguiendo el ejemplo del primer manual de filosofía que se escribiera en la historia, el de Epicteto, este pequeño libro pretende tutear a su lector. Porque va dirigido a un alumno, a la vez real e ideal, que se encuentra en el umbral de la edad adulta, pero aún está ligado al mundo de la infancia. Que no se vea en la familiaridad del tono que empleo menosprecio alguno, sino una forma de amistad o de complicidad que sólo puede ir acompañada del tuteo.

¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

Así pues, voy a contarte la historia de la filosofía. No toda, por supuesto, pero sí sus cinco grandes momentos. Para cada una de estas etapas te ofreceré como ejemplo una o dos formas globales de ver el mundo o, como se dice a veces, uno o dos grandes «sistemas de pensamiento» ligados a una época, de modo que puedas empezar a leer por ti mismo, si te apetece. También quiero hacerte una promesa de entrada: si te tomas la molestia de seguirme, acabarás sabiendo de verdad lo que es la filosofía. Y tendrás, asimismo, una idea bastante precisa de si te interesa o no acercarte más a ella, por ejemplo leyendo con mayor profundidad a alguno de los grandes pensadores de los que te voy a hablar.

Desgraciadamente —a menos que, por el contrario, sea algo bueno, un ardid de la razón para obligarnos a reflexionar— la pregunta evidente, «¿qué es la filosofía?», es una de las más controvertidas que conozco. La mayoría de los filósofos actuales siguen dándole vueltas sin lograr ponerse de acuerdo en cuál es la respuesta.

Cuando cursaba mis últimos años de bachillerato, mi profesor me aseguraba que se trataba «simplemente» de «formar nuestro espíritu crítico con vistas a la autonomía», de un «método de pensamiento riguroso», de un «arte de

la reflexión» que hundía sus raíces en una actitud basada en el «asombro» y el «planteamiento de preguntas». Este es el tipo de definiciones que aún hoy seguirás encontrando diseminadas por los manuales de iniciación.

A pesar de todo el respeto que me inspiran personalmente las definiciones de este upo, debo decir que no tienen mucho que ver con el fondo de la cuestión.

Es cierto que es deseable que en filosofía se reflexione. Que, a ser posible, se piense con rigor, en ocasiones incluso siguiendo el método crítico o planteando preguntas. Pero todo eso no es nada, absolutamente nada específico. Estoy seguro de que a ti mismo se te ocurren muchísimas otras actividades humanas que requieren del planteamiento de preguntas, o en las que uno debe esforzarse por argumentar lo mejor que sabe sin que ello implique, en absoluto, que uno tenga que ser filósofo.

Los biólogos y los artistas, los médicos y los novelistas, los matemáticos y los teólogos, los periodistas e incluso los políticos reflexionan y se plantean preguntas. Sin embargo no son, que yo sepa, filósofos. Uno de los principales defectos del mundo contemporáneo es el de querer reducir la filosofía a una simple «reflexión crítica» o, peor aún, a una «teoría sobre la argumentación». No cabe duda alguna de que la reflexión y la argumentación son actividades altamente estimables. De hecho, resultan indispensables para la formación de buenos ciudadanos, capaces de participar con cierto grado de autonomía en la vida de la ciudad, eso es cierto. Pero no son más que medios para alcanzar fines distintos a los de la filosofía, pues esta última ni es un instrumento político ni un mero punto de apoyo para la moral.

Voy a proponerte que nos alejemos de esos lugares comunes y aceptes provisionalmente, hasta que lo veas con más claridad por ti mismo, otro enfoque.

Partiremos de una consideración muy simple, pero que contiene el germen de la pregunta central de toda filosofía: el ser humano, a diferencia de Dios —si es que Dios existe— es mortal o, por decirlo como los filósofos, es un ser «finito», limitado en el espacio y en el tiempo. Pero, a diferencia de los animales, es el único ser que tiene conciencia de sus límites. Sabe que va a morir y que también morirán sus seres queridos. No puede evitar hacerse preguntas ante una situación que, a priori, resulta inquietante, por no decir absurda o insostenible. Y, evidentemente, ésta es la razón por la que en primer lugar se acerca a las religiones que le prometen la salvación.

La finitud humana y el problema de la salvación

Quiero que comprendas bien esta palabra —salvación— y también que entiendas cómo las religiones intentan hacerse cargo de las cuestiones que suscita. De hecho, lo más sencillo para empezar a definir la filosofía es, como tendrás ocasión de comprobar, ponerla en relación con el proyecto religioso.

Abre un diccionario y verás que el término *salvación* designa ante todo «el hecho de ser salvado, de escapar de un gran peligro o de una gran desgracia». Muy bien. Pero ¿de qué catástrofe, de qué espantoso peligro pretenden ayudarnos a escapar las religiones? Ya conoces la respuesta: evidentemente, se trata de la muerte. Esta es la razón por la que todas se esfuerzan, de modos diversos, por prometernos la vida eterna, por asegurarnos que un día volveremos a reencontrarnos con aquellos a los que amamos, familiares o amigos, hermanos o hermanas, maridos o esposas, niños o bebés, de los que la existencia terrena, ineludiblemente, nos va a separar.

Según el Evangelio de San Juan, Jesús mismo experimentó la muerte de un amigo, Lázaro, y lloró como lo hiciera el primer ser humano. Simplemente experimentó, como tú o como yo, la sensación de desgarró que nos produce la separación. Pero, a diferencia del resto de los simples mortales, era capaz de resucitar a su amigo. Y lo hizo, según El, para demostrar que «el amor es más fuerte que la muerte»¹ En el fondo, este mensaje es lo esencial de la doctrina cristiana de la salvación: para aquellos que aman, para aquellos que confían en la palabra de Cristo, la muerte no es más que una apariencia, un tránsito. A través del amor y de la fe, podemos obtener la inmortalidad.

Hay que reconocer que esta idea tranquiliza bastante. En efecto, después de todo, ¿qué es lo que deseamos? No estar solos, ser comprendidos, amados, que no nos separen de nuestros seres queridos; resumiendo, no morir y que ellos tampoco mueran. Ahora bien, la vida real acaba frustrando un día u otro todas estas esperanzas. Por eso, hay quien busca la salvación poniendo su confianza en un Dios y unas religiones que le aseguran que la alcanzará.

¿Por qué no, si uno lo cree y tiene fe?

¹ Pero para aquellos que no están convencidos, para los que dudan de la verdad de estas promesas, el problema sigue ahí. Y es justamente ahí donde la filosofía, por así decirlo, toma el relevo.

La muerte en sí —este aspecto es crucial si quieres entender lo que es el campo de la filosofía— no es una realidad tan sencilla como por lo general se suele creer. No se limita a ser el «fin de la vida», un cese más o menos brutal de nuestra existencia. Para tranquilizarse, ciertos sabios de la Antigüedad afirmaban que no se trataba de un asunto sobre el que fuera necesario reflexionar porque había dos opciones: o bien estoy vivo y entonces la muerte —por definición— no está ahí, o bien hace acto de pre-

sencia y —también por definición— yo ya no estoy ahí y no puede inquietarme. En estas condiciones, ¿por qué apurarse ante este problema inútil?

Siendo honesto, debo decir que este razonamiento es un poco pobre. Porque la verdad es que la muerte, en contra de lo que sugiere este antiguo adagio, muestra rostros bien distintos, *al ser su presencia paradójicamente perceptible en toda su extensión en el corazón mismo de la vida más llena de vida.*

Pues bien, he ahí lo que en un momento u otro atormenta a ese desgraciado ser finito que es el hombre, porque sólo él es consciente de que su tiempo es limitado, de que lo irreparable no es una ilusión, y puede que le haga bien reflexionar sobre lo que debe hacer en su corta vida. Edgar Poe, en uno de sus poemas más famosos, encarnó esta idea de la irreversibilidad del curso de la existencia en un animal siniestro, un cuervo encaramado en el alféizar de una ventana, que sólo sabía decir y repetir una única fórmula: *Never more* («nunca más»).

Lo que Poe quería decir con esta imagen es que la muerte pertenece al ámbito del «nunca más». Es, en el seno mismo de la vida, lo que nunca volverá, lo que irreversiblemente sustituye a un pasado que uno no tiene oportunidad alguna de recuperar algún día. Puede tratarse de unas vacaciones de nuestra infancia, de lugares o de amigos de los que uno se aleja para no volver, del divorcio de nuestros padres, de las casas o las escuelas que una mudanza nos obliga a abandonar, o de miles de cosas. Aunque no se trate de la desaparición de un ser querido, todo aquello que pertenece al ámbito del «nunca más» forma parte del registro de la muerte.

Si lo consideras desde este punto de vista, verás que lejos está la muerte de poder definirse exclusivamente como el final de la vida biológica. Conocemos infinidad de encarnaciones tuyas que aparecen en el bello seno de

la existencia misma y cuyos múltiples rostros acaban por inquietarnos, a veces incluso sin que seamos del todo conscientes de ello. Para vivir bien, para vivir en libertad, para ser capaces de experimentar felicidad, generosidad y amor debemos, en primer lugar y ante todo, vencer el temor o, mejor dicho, los temores, ya que las manifestaciones de lo irreversible son diversas.

Pero es precisamente en este punto donde existe entre religión y filosofía una discrepancia fundamental.

- *Filosofía y religión: dos formas antagónicas de abordar el problema de la salvación*

¿Cómo funcionan en la práctica las religiones de cara a la suprema amenaza que, según ellas, nos ayudarán a superar? En lo esencial, a través de la fe. En verdad es ella y sólo ella la que puede hacer recaer sobre nosotros la gracia de Dios. Afirman que si tienes fe en El, Dios te salvará, y de ahí que ante todo exijan *humildad* que, a sus ojos (y esto es algo que no dejan de repetir los mejores pensadores cristianos, desde san Agustín a Pascal), es lo contrario de la arrogancia y la vanidad propias de la filosofía. ¿Por qué lanzar esta acusación contra el pensamiento libre? Pues simplemente porque la filosofía también pretende salvarnos, si no de la muerte misma, al menos de la angustia que nos inspira, *pero recurriendo sólo a nuestras propias fuerzas y con la sola ayuda de la razón*. He ahí, al menos desde un punto de vista estrictamente religioso, el orgullo filosófico por excelencia, la insufrible audacia ya perceptible en los primeros filósofos, los de la Grecia antigua, muchos siglos antes de Jesucristo.

Al no lograr creer en un Dios salvador, el filósofo es, ante todo, aquel que cree que conociendo el mundo,

comprendiéndose a sí mismo y a los demás en la medida que nos lo permite nuestra inteligencia, se puede llegar a superar los miedos, pero más que desde una fe ciega, desde la lucidez.*

En otras palabras, si las religiones se definen a sí mismas como doctrinas de salvación *a través de Otro*, por la gracia de Dios, podríamos definir los grandes sistemas filosóficos como doctrinas de la salvación *por uno mismo*, sin la ayuda de Dios.*

Así, Epicuro definía la filosofía como una «medicina para el alma»¹ cuyo objetivo último era hacernos comprender que «no se debe temer la muerte». Esta idea compendia todo el programa filosófico que su discípulo más destacado, Lucrecio, expusiera en su poema *De la naturaleza de las cosas*:

Ante todo es preciso dar caza y destruir ese miedo al Arqueonte [el río de los infiernos] que, penetrando hasta lo más hondo de nuestro ser, envenena la vida humana, todo lo colorea con la negrura de la muerte y no permite que ningún placer subsista limpio y puro.

Y todo esto se aplica igualmente a Epicteto, uno de los mayores representantes de otra escuela filosófica de la Grecia antigua de la que te voy a hablar en un instante, el estoicismo, que acabará reconduciendo *todos* los interrogantes planteados por la filosofía a una misma y única fuente: el miedo a la muerte.

Escuchemos, por un instante, cómo se dirige a su discípulo intercambiando con él algunas observaciones:

¿Tienes claro, le dice, que el origen de todos los males para el hombre, de la abyección, de la bajeza, es [...] el miedo a la muerte? Adiéstrate contra ella: que a ello tiendan

todas tus palabras, todas tus lecturas, todos tus estudios y llegarás a saber que es el único medio que existe para hacer libres a los hombres².

Volvemos a encontrar el tema en Montaigne, en su famoso adagio según el cual «filosofar es aprender a morir»; pero también en Spinoza, en sus bellas reflexiones sobre el sabio que «muere menos que el loco», en Kant, cuando se pregunta «qué nos cabe esperar», e incluso en Nietzsche mismo, cuyo pensamiento se reencuentra en la «inocencia del devenir» con algunos de los elementos más profundos de las doctrinas sobre la salvación elucubradas en la Antigüedad.

No te inquietes si estas alusiones a los grandes autores aún no te dicen nada. Es normal, puesto que estás empezando. Volveremos sobre cada uno de estos ejemplos para clarificarlos y explicitarlos.

Por el momento, lo único que importa es que entiendas por qué, en opinión de todos estos filósofos, el miedo a la muerte nos impide vivir bien. No es sólo que genere angustia. A decir verdad, la mayor parte del tiempo ni siquiera pensamos en ella, y estoy seguro de que no te pasas los días meditando sobre el hecho de que los hombres son mortales. Pero si dotamos el problema de mayor profundidad, parece que la irreversibilidad del curso de las cosas, que es una forma de muerte en el corazón mismo de la vida, amenaza todos los días con arrastrarnos hacia una dimensión del tiempo que corrompe la existencia: la del pasado donde se alojan los grandes destructores de la felicidad que son la nostalgia y la culpabilidad, el arrepentimiento y los remordimientos.

Quizá me digas que basta con no pensar en ello, que podemos intentar aferrarnos a los recuerdos más felices, en vez de rememorar los malos momentos.

Pero, paradójicamente, puede que el recuerdo de los instantes de felicidad nos saque insidiosamente del mundo de lo real. Porque, con el tiempo, los rememoramos como pertenecientes a un «paraíso perdido» que hace que, sin darnos cuenta, nos sintamos tan atraídos por el pasado que nos impida gozar del presente.

• Como verás en las páginas que siguen, los filósofos griegos creían que el pasado y el futuro son los dos males que pesan sobre la vida humana, los dos focos de los que surgen todas las angustias que acaban echando a perder la única dimensión de la existencia que merece la pena vivir, simplemente porque se trata de la única real: la del instante presente. Les gustaba subrayar que el pasado ya no es y el futuro aún no es y que, por tanto, vivimos casi toda nuestra vida entre recuerdos y proyectos, entre la nostalgia y la esperanza. Pensamos que seríamos mucho más felices si finalmente consiguiéramos esto o aquello, zapatos nuevos o un ordenador más potente, otra casa, más vacaciones, otros amigos... Pero a fuerza de lamentar lo pasado o de esperar lo que está por venir acabamos por desperdiciar la única vida que merece la pena ser vivida, la que surge del aquí y del ahora, y que seguramente no sabemos apreciar como se merece.

De cara a estos espejismos que corrompen el placer de vivir, ¿qué nos prometen las religiones?

Que ya no debemos tener miedo porque nuestros mayores deseos se verán colmados, que podemos vivir el presente tal y como es, incluso esperando un futuro mejor, que existe un Ser bondadoso e infinito que nos ama por encima de todo. Así, El nos salvará de la soledad, de la separación de aquellos otros seres queridos que, aunque desaparezcan un día de esta vida, nos estarán esperando en otra.

¿Qué hay que hacer para ser salvados de esta manera? Básicamente, basta con creer, pues es en el ámbito de la

fe donde opera la alquimia por la gracia de Dios. De cara a Aquel que ellos consideran el Ser supremo, Aquel del que todo depende, nos invitan a adoptar una actitud que resumen en dos palabras: confianza —*fides*, en latín— y humildad.

Esta es la razón por la que consideran que la filosofía, que invita a recorrer el camino contrario, raya en lo *diabólico*.

Partiendo de este punto de vista, la teología cristiana se adentra en una reflexión profunda sobre «las tentaciones del diablo». El demonio, a menudo descrito por una Iglesia deseosa de afianzar su autoridad (y en contra de lo que sugiere la imaginería popular), no es aquel que nos aparta en el plano moral del buen camino, apelando a la debilidad de la carne. Es el que, en el plano espiritual, hace todo lo posible por *separarnos* (*diabolos* significa en griego «el que separa») del vínculo vertical que liga a los auténticos creyentes con Dios, salvándolos de la desolación y la muerte. El *diabolos* no se contenta con enfrentar a los hombres entre sí, haciendo, por ejemplo, que se odien o se declaren la guerra, sino que —y esto resulta aún más grave— separa al hombre de Dios y le libera así de todas las angustias que la fe no ha logrado sanar.

Un teólogo dogmático considera que la filosofía (excepto si se trata de una filosofía completamente subordinada a la religión y a su entero servicio, si bien en este caso ya no sería auténtica filosofía...) es la obra del diablo por excelencia, porque incita a los hombres a apartarse de sus creencias para usar su razón, su espíritu crítico y, al hacerlo, adentrarse sin darse cuenta en el ámbito de la *(Tuda)*, que es el primer paso para alejarse de la tutela divina.

En las primeras páginas de la Biblia, en el relato del Génesis, como recordarás, es la serpiente la que juega el papel del Maligno cuando lleva a Adán y Eva a *dudar* de la

bondad de los mandamientos divinos que les impedían tocar el fruto prohibido. Si la serpiente quería que los dos primeros seres humanos se hicieran preguntas y probaran la manzana era con el único fin de que desobedecieran a Dios, porque sabía que al separarlos de El podría infligirles todos los tormentos inherentes a la vida de los simples mortales. Es en el momento de la «caída», de la expulsión del paraíso original —donde nuestros dos humanos vivían felices, sin miedo alguno, en armonía tanto con la naturaleza como con Dios— cuando aparecen las primeras formas de angustia. Todas ellas están ligadas al hecho de que tras esa «caída», a su vez directamente vinculada a la duda sobre la pertinencia de los mandatos divinos, los hombres se convierten en mortales.

‡ La filosofía —todas las filosofías, por muy distintas que sean las respuestas que intentan aportar— también promete ayudarnos a escapar de estos miedos primitivos. Comparte con las religiones, al menos en origen, la convicción de que la angustia nos impide vivir bien: no es ya que nos impida ser felices, es que tampoco nos deja ser libres. Este es, como he intentado mostrarte por medio de algunos ejemplos, un tema omnipresente entre los primeros filósofos griegos: uno no puede ni pensar en actuar libremente cuando está paralizado por esa inquietud sorda que genera, por muy inconsciente que sea, el miedo a lo irreversible. Se trata, por tanto, de invitar a los seres humanos a «salvarse».

‡ Pero, como ya habrás comprendido a estas alturas, esa salvación no puede proceder de *Otro*, de un ser trascendente (lo que significa «exterior y superior» a nosotros), debe provenir de *nosotros mismos*. La filosofía quiere que nos aclaremos recurriendo a nuestras propias fuerzas, con la simple ayuda de la razón o que, al menos, aprendamos a utilizarla como es debido, con audacia y firmeza. A esto es

a lo que, con toda seguridad, se refería Montaigne cuando, hablando de la sabiduría de los antiguos filósofos griegos, nos aseguraba que «filosofar es aprender a morir».

Así pues, ¿toda filosofía está abocada a ser atea? ¿No puede haber una filosofía cristiana, judía, musulmana? Y si puede existir, ¿en qué sentido? Dicho de otra manera, ¿qué estatuto debemos otorgar a grandes filósofos que como Kant o Descartes fueron creyentes? Por otro lado, puedes preguntar ¿por qué rechazar las promesas que hacen las religiones? ¿Por qué no aceptar con humildad el sometimiento a las leyes de una doctrina de la salvación en la que «esté presente Dios»?

Por dos razones principales que se encuentran ya, sin duda, en los orígenes de toda filosofía.

↓ En primer lugar, y sobre todo, porque la promesa que nos hacen las religiones para calmar la angustia producida por la muerte, a saber, aquella según la cual somos inmortales y vamos a reencontrarnos tras la muerte biológica con aquellos a los que amamos es, como si dijéramos, demasiado bonita para ser cierta. También demasiado bonita y asimismo muy poco creíble es la imagen de un Dios que sería como un padre para sus hijos. ¿Cómo conciliarla con la insoportable repetición de masacres y desgracias que amenazan con aplastar a la humanidad? ¿Qué padre dejaría a sus hijos en el infierno de Auschwitz, de Ruanda, de Camboya? Un creyente diría, sin duda, que es el precio que hay que pagar por la libertad, que Dios ha hecho a los hombres libres y que no se le debe imputar el mal que ellos mismos generan. Pero ¿qué decir de los inocentes? ¿Qué decir de los millares de niños pequeños martirizados en el curso de la comisión de innobles crímenes contra la humanidad? Un filósofo acaba por poner en duda que las respuestas que ofrecen las religiones basten³. Siempre termina por pensar algo más o menos parecido a que

la fe en Dios, fundamentada en el rechazo, en la necesidad de consuelo, nos puede hacer perder en lucidez lo que nos hace ganar en serenidad. Siempre teniendo presente que respeta a los creyentes. No pretende necesariamente que estén equivocados, que su fe sea absurda ni, mucho menos, tener la certeza de la inexistencia de Dios. ¿Cómo, por otra parte, podría demostrarse que Dios no existe? Lo que ocurre simplemente es que carece de fe, eso es todo, y en estas condiciones se ve abocado a buscar en otra parte, a pensar de otra manera.

¡ Pero hay más. El bienestar no es el único ideal sobre la tierra. La libertad es otro. Y si la religión calma la angustia convirtiendo la muerte en una ilusión, se arriesga a hacerlo al precio de la libertad de pensamiento. Porque siempre exige que, en mayor o menor medida, y como contrapartida al sosiego que pretende procurar, se abandone la razón para hacer sitio a la fe, que se abandone el espíritu crítico para poder creer. Quiere que seamos, de cara a Dios, como niños pequeños, no como adultos a los que, en último término, no ve sino como razonadores arrogantes.

Filosofar en lugar de creer supone, en el fondo —al menos desde el punto de vista de los filósofos, que evidentemente no es el de los creyentes—, preferir la lucidez al confort, la libertad a la fe. En verdad se trata, en cierto sentido, de «salvar el pellejo», pero no a cualquier precio.

Puede que me preguntes por qué, si en lo esencial la filosofía no es sino una búsqueda de la vida buena más allá de la religión, una *búsqueda de salvación sin Dios*, se la presenta con toda naturalidad en los manuales como el «arte del bien pensar», del desarrollo del espíritu crítico, de la reflexión o la autonomía individual. ¿Por qué la comunidad política, la televisión, la prensa, la reducen tan fácilmente a un compromiso moral que enfrenta, en el ámbito del mundo tal y como es, a lo justo con lo injusto? ¿Acaso el filósofo

por excelencia no es quien comprende lo que es, para después implicarse e indignarse ante los malos tiempos que corren? ¿Qué lugar debemos acordar a estas otras dimensiones de la vida intelectual y moral? ¿Cómo conciliarlas con la definición de filosofía que acabo de esbozar?

Las tres dimensiones de la filosofía: la inteligencia de lo que es (teoría), la sed de justicia (ética) y la búsqueda de salvación (sabiduría)

Aunque la búsqueda de una salvación al margen de Dios esté en el corazón de todo gran sistema filosófico, aunque éste sea su objetivo final y último, no se podría alcanzar sin pasar por una reflexión profunda en torno a la inteligencia de lo que es —lo que, por lo general, solemos denominar teoría— y de lo que debería ser o lo que habría que hacer —lo que habitualmente llamamos ética—⁴.

La razón es fácil de entender.

Si la filosofía, al igual que las religiones, hace de la reflexión sobre la finitud humana su fuente más originaria, del hecho de que nosotros, simples mortales, tenemos los días contados y que somos los únicos seres en el mundo plenamente conscientes de ello se desprende que no podemos eludir la cuestión de qué debemos hacer en ese tiempo limitado. A diferencia de los árboles, las ostras o los conejos, no dejamos de hacernos preguntas sobre nuestra relación con el tiempo, sobre cómo debemos emplearlo o en qué debemos ocuparlo, tanto si es por un lapso breve, la hora o la mañana que viene, como si se trata de un periodo más largo, el mes o el año en curso. Inevitablemente, quizá con ocasión de una ruptura, de un suceso brutal, acabamos preguntándonos qué hacemos, qué podríamos o deberíamos hacer con toda nuestra vida.

¿En otras palabras, la ecuación «mortalidad + conciencia de ser mortal» es un cóctel que contiene el germen de todos los interrogantes filosóficos? Filósofo es aquel que, ante todo, piensa que no estamos aquí «de turismo», para divertirnos. O, mejor dicho, aunque en contra de todo lo que acabo de afirmar, acabara llegando a la conclusión de que lo único que merece la pena ser vivido es la diversión, esta certeza será el resultado de un pensar, de una reflexión y no de un reflejo condicionado. Lo que implica que ha tenido que recorrer tres etapas: la de la *teoría*, la de la *moral* o la *ética* y, finalmente, la correspondiente a la conquista de la *salvación* o la *sabiduría*.

Simplificando, se podría formular así el proceso: lo primero que hace la filosofía por medio de la teoría es hacerse una idea del «terreno de juego», adquirir un conocimiento mínimo del mundo en el que se va a desarrollar nuestra existencia: ¿Qué parece ser hostil o amistoso, peligroso o útil, armonioso o caótico, misterioso o comprensible, bello o feo? Si la filosofía consiste en la búsqueda de la salvación, en la reflexión en torno al tiempo que va transcurriendo y que es limitado, no puede por menos que comenzar por hacerse preguntas sobre la naturaleza del mundo que nos rodea. Toda filosofía digna de tal nombre parte, por tanto, de las ciencias naturales que nos desvelan la estructura del universo⁴ la física, las matemáticas, la biología, etcétera, pero asimismo de las ciencias históricas que arrojan luz sobre la historia de los hombres. «Aquí no entra nadie que no sea un geómetra», decía Platón a sus discípulos refiriéndose a su escuela, la Academia, y después de él, ninguna filosofía ha pretendido jamás economizar medios a la hora de obtener conocimientos científicos. Pero debemos ir más lejos y preguntarnos también por los *medios* a nuestro alcance para conocer. Por lo tanto la filosofía inten-

ta, más allá de las consideraciones que forman parte de las ciencias positivas, comprender la naturaleza del conocimiento mismo, entender los métodos de los que se sirve. Por ejemplo: ¿cómo descubrir las causas de un fenómeno? Pero también se fija en los límites de la disciplina. Otro ejemplo: ¿se puede demostrar la existencia de Dios?

Estas dos preguntas, la de la naturaleza del mundo y la referente a los instrumentos de los que dispone la humanidad para llegar a conocer, también constituyen una parte esencial de la vertiente *teórica* de la filosofía.

∨ Pero, evidentemente, además de por el terreno de juego, por el mundo y la historia en los que transcurrirá nuestra vida, debemos preguntarnos por el resto de los seres humanos, por aquellos con los que nos ha tocado jugar. Y no es ya por el hecho de que no estemos solos, sino porque, como demuestra algo tan simple como la educación, no podemos subsistir tras nacer sin la ayuda de otros humanos, para empezar de nuestros padres. ¿Cómo vivir con los demás, qué reglas de juego adoptar, cómo comportarnos de forma «vivable», útil, digna, de forma simplemente justa en nuestras relaciones con los demás? De esta cuestión se ocupa la segunda parte de la filosofía, una parte ya no teórica sino *práctica* que deriva, en un sentido amplio, de la esfera de la *ética*.

Pero ¿para qué conocer el mundo y su historia, para qué esforzarse en vivir en armonía con los demás? ¿Qué finalidad o qué sentido tienen todos esos esfuerzos? Además, ¿hay que buscarle un sentido? Todas estas preguntas, junto algunas otras del mismo tenor, nos remiten a la tercera esfera de la filosofía, la que se ocupa, como ya habrás podido deducir, de la *salvación* o de la *sabiduría*. Si la filosofía etimológicamente es «amor» (*philo*) a la «sabiduría» (*sophia*), debería autoanularse para dejar sitio, en la medi-

da de lo posible, a la sabiduría misma, que es, sin duda, el fundamento de todo filosofar. Pues ser sabio no consiste, por definición, en amar o buscar el ser. Ser sabio supone simplemente vivir sabiamente, feliz y libre en la medida de lo posible, tras vencer, finalmente, los miedos que la finitud despierta en nosotros.

Como esto está adquiriendo un tono muy abstracto, soy consciente de que no serviría de nada seguir explorando la definición de filosofía sin ilustrarla con ayuda de un ejemplo concreto, un ejemplo que te permitirá ver en acción las tres dimensiones (teoría, ética y búsqueda de la salvación) de las que estamos hablando.

Quizá lo mejor sea adentrarnos sin tardanza en el meollo de la cuestión y empezar por el principio, remontándonos a los orígenes, a las escuelas de filosofía que florecieron en la Antigüedad. Te propongo que analicemos la primera gran tradición de pensamiento: aquella que, pasando por Platón y Aristóteles, halla su expresión más acabada, o al menos la más «popular», en el estoicismo. Comenzaremos por ahí. Después podremos continuar explorando juntos los momentos más destacados de la filosofía. Lo que nos permitirá comprender asimismo por qué y cómo se pasa de una visión del mundo a otra. ¿Será porque la respuesta precedente no nos basta, porque ya no nos convence, porque otra prevalece sobre ella sin discusión posible, porque en realidad existe más de una respuesta?

Esto te permitirá comprender que la filosofía, una vez más al revés de lo que tiende a ser una opinión muy generalizada y falsamente sutil, ha avanzado bastante más en el desarrollo del arte de plantear preguntas que en el de diseñar respuestas. Y, como podrás apreciar *por ti mismo*—otra

de las promesas cruciales de la filosofía, precisamente porque se mueve fuera del ámbito de lo religioso y no depende de la verdad de ningún Otro—, las respuestas que ofrece son profundas, apasionantes y, con esto lo digo todo, geniales.